

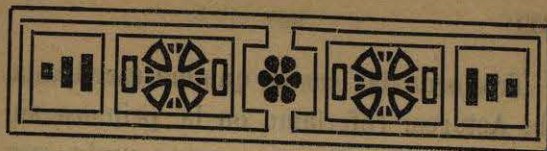
que le escribiese, y en prometerle yo que así lo haría... Al dar la vuelta al recodo, apeéme mordiéndome los labios para no dar rienda suelta á mi aficción, y dije con apariencia bastante serena:

—Vaya... Adiós, Boy.

—Adiós, chico—respondió él tendiéndome la mano desde el caballo.

Y volviendo grupas prontamente, prosiguió su camino... Mas no bien hubo andado seis pasos, volvióse otra vez con rapidez suma... Saltó del caballo, dejándolo abandonado, y corrió hacia mí con grande ímpetu, y se abrazó conmigo, pegando su rostro con el mío... Sentí la cara mojada, y cuando me soltó Boy tenía la suya llena de lágrimas... Entonces, con su voz natural, pero en su misma naturalidad desgarradora, como es siempre el dolor en los hombres fuertes, me dijo:

—¡Vaya, hombre, ya estarás contento!... ¡Me has visto llorar!... ¡Tuya es la gloria!... ¡Ahora sí que somos Julieta y Romeo!...



XXVII

DETÚVEME en San Sebastián un par de días para arreglar en la Sucursal del Banco de España una cuenta corriente á nombre de Paulino Vanloo, á fin de que pudiese sacar Boy el dinero que necesitase, y volvíme presuroso á Madrid, ansiando encontrar en casa de Crespo, como habíamos convenido, cartas de mi tía la Condesa de Astures.

Encontrélas, en efecto, y bien consoladoras por cierto; porque la tormenta horrible que se cernía sobre Boy, comenzaba á deshacerse por sí sola, con la misma rapidez con que se había formado, no en relámpagos, rayos ni truenos, sino en copiosa y benéfica lluvia de luz y de verdad que dejaba más purificada la atmósfera y más beneficiado el campo.

Tres eran las cartas que me escribía la de Astures: referíame en la primera su entrevista con Deza, que no pudo ser más útil y eficaz en sus resultados prácticos.

Acogióla el Contraalmirante con todo el respeto y consideración que se merecía dama de tanta altura por su reputación y por su nombre: expúsole ella el caso con discreción suma, callando lo que debía callar, y dando á entender lo que debía adivinarse, pero sin dejar escapar ningún nombre, ni el más remoto indicio que pudiese comprometer á persona alguna determinada.

Comprendió al punto el anciano General la inocencia y el angustioso compromiso de Boy; fué el primero en admirar su caballeresco comportamiento, y sin la menor pregunta indiscreta que indicase curiosidad, desconfianza ó duda, prometió bajo su palabra á la Condesa, que él detendría la causa y el auto de prisión para dar lugar á que Boy se pusiese en salvo, y seguiría deteniéndolo hasta que algún nuevo indicio descubriese la pista de los verdaderos culpables, ó el tiempo y el olvido se encargasen de sepultar este negocio, como se-

pultan tantos otros de más verdadera importancia.

De todos modos, juzgaba Deza muy conveniente que Boy se alejase por algún tiempo de aquellos parajes, y él se encargaba de darle una licencia con fecha atrasada que justificase y legalizara su ausencia.

La segunda carta era más consoladora aún que la primera: estaba escrita muy de prisa, á las altas horas de la madrugada, y comenzaba mi tía: «Da gracias á Dios, hijo mío, por el modo providencial con que se va haciendo luz en el negocio que sabes...»

Y á renglón seguido referíame que el pomposo D. César Fernández y del Roble, deseoso de congraciarse con ella y conmigo, había estado á informarla de este hecho importantísimo y quizá decisivo:

Que en la mañana de aquel mismo día habíase presentado en el Juzgado una mujer de mala nota llamada, *la Pardilla*, que vivía maritalmente con un rufián apodado *el Churro*, á denunciar, como verdadero asesino de Joaquinito López, á un antiguo presidiario, compadre suyo, que llamaban *el Mayeto*; en vista de lo cual habíase apre-

surado D. César á ordenar inmediatamente la captura de aquel individuo, que debía estar á aquellas horas encerrado en la cárcel.

Esto me escribía la de Astures apresuradamente, no queriendo diferirme un momento el consuelo de tener tan importante noticia, y prometiendo tenerme al corriente de lo que fuera resultando.

Escribióme, en efecto, al día siguiente, á la misma hora y con igual eficacia, el resultado inmediato de aquella diligencia.

Preso *el Mayeto* é interrogado hábilmente por D. César, confesó al fin su crimen; pero declaró al mismo tiempo que *el Churro* era su cómplice. Preso también éste, apoderóse de él tan ciego furor al verse vendido por su amante, que con una navajilla cortó la cara de arriba abajo, en el momento de salir, á la infeliz *Pardilla*, la cual ignoraba su complicidad, y sólo había denunciado al *Mayeto* por celos que de él tenía.

Un año tardó en descubrirse del todo aquel repugnante crimen, que relataré aquí brevemente por la atroz influencia que tuvo en los aciagos destinos de Boy, y para no tener que manchar una vez más mi pluma

con la mención de tan asquerosos hechos.

Entre las vergonzosas industrias que explotaba el difunto *Pájaro Verde*, era una de las más productivas la del *chantage*; andaba, pues, Joaquinito López siempre al acecho de debilidades y flaquezas explotables, y encontrábalas con frecuencia en cierto centro de vicios, que el mismo vicio reprueba y condena, de que él formaba parte.

Acertó á caer, por mal de sus pecados, en aquella inmunda sentina un mercader rico, no mal reputado en el pueblo, y con sus raposidades y astucias, presto le tuvo Joaquinito López en sus garras, sorprendiéndole cartas que vergonzosamente le comprometían.

Comenzó, pues, el *Pájaro Verde* á explotar al mercader con aquellos documentos, hasta que, harto al fin éste, comisionó á dos rufianes, *el Mayeto* y *el Churro*, para que penetrasen en la caverna del usurero y á viva fuerza, si no podían de otro modo, le arrancasen las cartas.

Escogieron éstos para ejecutar su hazaña la madrugada del martes de Carnaval, en que se encontraba Joaquinito López en su

tienda solo y sin defensa; mas como la víctima se resistiese enérgicamente y alborotase demasiado, *fué preciso retorcerle el pescuezo*, según la frase del *Churro*, y ebrios de rabia y de vino, ensañáronse después con su cuerpo cruelmente.

Tal fué el crimen vulgarísimo que, revestido de misterioso aparato, sirvió para soliviantar el pueblo en favor de dos bandidos, y cuyas funestas coincidencias con inofensivos hechos de Boy, torcidamente interpretados, influyeron tan desastrosamente en la desdichada suerte de éste.

Dije antes que tardó un año en descubrirse el enredo de este crimen, y quién fuese su instigador; pero desde el primer momento de la denuncia en que aparecieron culpables *el Mayeto* y *el Churro*, quedó clara y despejada la situación de Boy, y se deshizo por sí sola, instantáneamente, la borrasca horrible que amenazaba tragarle y perderle.

Aturde el gozo tanto ó más que el dolor mismo, y tal aturdimiento produjeron en mí estas noticias, que fué mi primer pensamiento volar á Zumarripa para hacer partícipe á Boy de estas alegrías, sin acordarme de que el pobre Paulino

Vanloo surcaría el mar á aquellas horas en su

«*Velero Burundín,*

¡Con diez cañones por banda!...»

Escribí, sin embargo, acto continuo, al Cura de Zumarripa, pidiéndole noticias sobre el embarque de Boy, es decir, de Paulino Vanloo, pues sólo bajo este nombre le conocía; pedíase también de su estancia en Liverpool, de la época de su regreso y de dónde y cómo podría yo dirigirle noticias importantes que le urgía mucho conocer.

No satisfecho con esto, escribí también al dueño de *Chacur-zulo*, Miguel José, haciéndole las mismas preguntas, y volvíme tranquilo á X***, donde era necesaria mi presencia.

Cumplía yo en aquella semana mi mayor edad, y vencía también el famoso pagaré de Boy con la cédula personal falsificada por Bermúdez, en que se basaba toda la inicua intriga de Rita Bollullo; y aunque no había de venir á cobrarlo desde la eternidad el fementido Joaquinito López, podrían muy bien hacerlo sus herederos, si la

perversa madrastra las empujaba como empujó al padre; y era lo más prudente pagar en el acto y salir de una vez de manos de aquella canalla.

Á los tres días comenzó á inquietarme el hecho de no tener respuesta á mis cartas, ni del Cura de Zumarripa, ni de Miguel José, el dueño de *Chacur-zulo*. Volví á escribir á los dos insistiendo en mis preguntas con la mayor eficacia, y el mismo día en que salieron mis cartas, leí en un periódico este lacónico telegrama de San Sebastián, que vino á explicarme por completo aquel silencio y á dejarme al mismo tiempo llena el alma de zozobra.

El telegrama era éste:

«La efervescencia carlista crece y se extiende por toda la provincia. El cabecilla Balzaola escapó en Zumarripa de los Migueletes. El Cura de este pueblo y el dueño de *El Parador Real* se hallan presos en el castillo de la Mota.»

Por la fecha un poco atrasada del telegrama, vine en la cuenta de que la prisión del Cura de Zumarripa debió efectuarse el mismo día del embarque de Boy... Pero ¿había llegado á efectuarse este embarque?... En la confusión y ligereza con que los pe-

riódicos todo lo enredan y trastruecan, ¿no sería el mismo Boy aquel cabecilla Balzaola escapado de Zumarripa?...

Sin saber adónde acudir ni de quién informarme, estuve diez días en esta cruel incertidumbre... Por tres veces tuve la mala dispuesta para marchar á Zumarripa, y otras tantas me hizo desistir mi tía, que con su angelical paciencia y su ciega confianza en Dios, me edificaba siempre, sin dejar de impacientarme algunas veces.

Al cabo de este tiempo llegó una carta de Zumarripa, y al día siguiente llegaron otras dos juntas: todas eran del Cura, puesto ya en libertad y restituído á su parroquia.

Y en estas cartas y en las varias visitas que hice después á Zumarripa, encuentro los datos necesarios y los colores precisos para pintar la horrenda escena que servirá de desenlace á esta triste historia.





XXVIII

A las doce en punto llegó Boy á Zuma-
rripa, justamente en el momento en que el
Sr. Cura, D. Tomás Asteazu, se sentaba á
comer con su sobrina Clara-Antoni. Reci-
bióle el Cura como á Mesías largo tiempo
esperado, con destempladas voces y rústica
llaneza, y sin darle tiempo á cepillarse un
poco ni á lavarse las manos, sentóle á la
mesa.

Nada más opuesto á la aristocrática natu-
raleza de Boy, que aquellos alardes de
sencillez campesina; mas á pesar de que su
natural delicado se replegaba instintiva-
mente y se escondía bajo su urbanidad
exquisita, como tras un broquel de bruñido
acero, sabía apreciar aquellas muestras de
tosca cordialidad, como piedras preciosas
sin pulir, y recibíalas con sonrisa tan afable
y correspondía á ellas con tan benévola

gracia, que lejos de intimidar ó repeler, atraía á todos con el doble imán de la simpatía y el respeto.

No es, pues, de extrañar que antes de acabarse la comida fuese ya *D. Paulino*, como suele decirse, el rey de la casa, ni de que, entusiasmado el bueno de *D. Tomás*, llamase á su cocinera Juana-Mari para darle á conocer al *franchute más salao* que pisara jamás tierra de Zumarripa.

Porque es de advertir que *D. Tomás As-teazu*, que poseía grandes y sólidas virtudes, tenía, en cambio, la flaqueza, contraria á los sabios designios de la Providencia, de echarla de gracioso, é imitar á cada paso la frase peculiar y el característico ceceo de los andaluces. Conocía él, sin embargo, sus deficiencias en esto, y con honradez guipuzcoana solía cantar:

«En la calle de las Sierpes
Dije yo que era andaluz,
Y me gritaba la gente:
—¡Quítate allá, avestruz!»

Asomó, pues, por la puertecilla de la cocina la cabeza de Juana-Mari cubierta con la toca vascongada, enjuta, fea y amarilla como la de una bruja de Zugarramurdi.

Hizo Boy además de levantarse, y le sirvió sonriendo un vaso de sidra en el suyo propio, que la vieja tomó y bebió murmurando extrañas palabras vascas, que lo mismo parecían una bendición que un conjuro... ¿Le dió el corazón á Boy que las lágrimas de aquella estantigua habían de ser las primeras y las únicas que por mucho tiempo correrían sobre su tumba?...

Asomáronse después de comer, Boy y el Cura, á un gran balcón de madera que se extendía de extremo á extremo á lo largo de la fachada... Todo lo que se veía desde allí era desolado y triste, como un paisaje pintado al carbón, sin colores, sin luz ni movimiento y sin la suave animación de los ruidos campestres.

En el balcón veíanse colgadas, por todo adorno, una rama de *guindillas* para secarse al sol, y dos jaulas de pájaros; en una saltaba un jilguero sin voz; la otra se hallaba vacía, con la puertecilla abierta y el comedero volcado, como una casa invadida por la peste, después de sacados los difuntos.

En uno de los extremos del balcón mismo había un retrete cerrado con tablas, que desaguaba en el huerto, como es as-

querosa costumbre en toda aquella comarca.

Al frente extendíase, en primer término, el espacioso huerto, muy bien cultivado, pero árido, triste, agostadas las humildes hortalizas por el ponzoñoso hálito del mar, y sin un árbol ni una flor que brillase allí como una bendición del cielo que pudiera servir de solaz y esparcimiento al ánimo.

Rodeaba todo el huerto, cual una orla de luto, una alta cerca de piedras negruzcas, y detrás de ella extendíase la arenosa playa, árida y solitaria, semejante en su triste monotonía á una de esas penas que no tienen remedio ni tampoco olvido.

Después de la playa no se divisaba ya más que mar y siempre mar hasta los confines del horizonte; unas veces alborotado, furioso, rebelde, como una fiera hambrienta que reclama su presa; otras subyugado, vencido, pero nunca manso; ¡siempre quejándose, siempre mugiendo como la desesperación del condenado, eterna é impotente!...

Á unos dos kilómetros de la franja arenosa de la playa que se divisaba desde el balcón, veíase una barriada de pescadores, que llamaban de Santa Quiteria, donde ha-

bía un toseo embareadero. Allí dijo el Cura á Boy que había de embarcarse á la mañana siguiente, de ocho á nueve, en una lancha de pescadores que le conduciría á bordo del *Notre-Dame de Fourbière*. Vagaba éste por aquellos mares sin atreverse á fondear en ningún puerto, esperando la marea de la madrugada para acercarse todo lo posible á Zumarripa y recoger á su nuevo Capitán.

Manifestó entonces Boy el deseo de visitar el embareadero de Santa Quiteria, y de hacer algunas preguntas sobre el alcance de las mareas á los pescadores que habían de conducirle á bordo del *Notre-Dame de Fourbière*. Vino en ello el Cura muy gustoso, y cogiendo el bastón y el sombrero de teja, salieron ambos por la cuadra.

Era ésta grande y baja de techo, con dos puertas: una ancha, de tres hojas, que se abría sobre el huerto, abierta siempre para dar paso á las gallinas; la otra pequeña, por lo general cerrada, que daba á una empinada veredilla que conducía á la iglesia.

Estaban en la cuadra dos caballos, el que había traído Boy de San Sebastián, y otro,

fuerte y de muy buena estampa, que mostró el Cura á éste con un picaresco guiño.

Díjole entonces, con mucho misterio, que aquel caballo era del cabecilla Balzaola, que había dormido allí la noche anterior, en la misma cama que ocuparía él la próxima, y salido al amanecer, á pie y disfrazado, para reclutar por los caseríos á los mozos comprometidos de antemano para la guerra.

Esperábale de allí á poco, ya de vuelta, y entonces recogería su caballo y se pondría al frente de los mozos reclutados, que serían seguramente más de trescientos.

Por todo el camino hasta llegar á Santa Quiteria fué el Cura ponderando á Boy las proezas de Balzaola, la seguridad del triunfo, los grandes intereses morales y políticos que se atravesaban en la guerra, todo con tal hombría de bien, con tan recto y sano criterio, y al mismo tiempo con tan candoroso optimismo y tan inocente desconocimiento de que lo que *debiera ser* no siempre es, y sucede á menudo todo lo contrario, que Boy debió convencerse, como me convencí yo cuando le conocí más tarde, de que el Cura de Zumarripa era el hombre más honrado del mundo, y el po-

lítico más sandio, más iluso y mejor intencionado de la España de su tiempo.

Sólo una nota discordante había en su simpática persona: cuando, ladeada la teja, la mano en la cadera, enarbolado el puño y el ceceo andaluz en los labios, solía decir como muestra de protesta ó señal de amenaza:

—*¡Me jago pa acá y pa allá y me queo en medio!*

Entonces, las *maitagarris* vascas se echaban á reír á carcajadas, y las cigarreras de Sevilla prorrumpían en amenazadoras protestas:

«¡Quítate allá, avestruz!»

Al volver á Zumarripa el Cura y su huésped, encontraron ya dispuesto el espumoso chocolate, y tomaronlo en sabrosa conversación y con excelente apetito. Retiróse después el Cura á su despacho para rezar el Breviario, y encerróse Boy en el cuarto que le destinaron, durante dos horas largas.

Al cabo de éstas, salió Boy de su aposento muy serio y pensativo, y se dirigió lentamente al despacho del Cura; salía luz

por debajo de la puerta y anuncióse Boy con dos discretos golpecitos:

—¡Adelante, D. Paulino, adelante!—gritó el Cura, que le conoció en los pasos.

La *andaluzada* que acudía ya á los labios del buen señor, retrocedió asustada ante la seria expresión de Boy.

—¿Qué hay, D. Paulino?—dijo un poco sorprendido.

Y adelantándose Boy dos pasos, dijo tímidamente:

—Don Tomás..., ¿quisiera usted confesarme?...

No se extrañó el buen Cura, porque nunca se extrañaba él de lo que *debía ser*, y aquel hombre iba á embarcarse al día siguiente y á correr todos los peligros del mar y de la guerra, y era natural y *debía ser* que ajustase sus cuentas con Dios y se preparase antes, por si se topaba con la muerte entre las olas del mar ó el plomo de las batallas.

Por eso contestó con alegría, levantándose inmediatamente:

—Pues ¿no había de querer, D. Paulino?... ¡Ahora mismo, si á usted le parece!...

«Antes de confesarse—me escribía el

Cura en una de sus cartas—me dijo que debía declararme que no se llamaba D. Paulino ni era belga; que su nombre verdadero era el Conde de Baza, hijo primogénito del Sr. Duque de Yecla. Díjome también que quería, encargarme que si algo adverso le sucedía lo notificara al punto á Vucécencia, porque el Sr. Marqués de la Burunda era la persona que más le quería en el mundo y se tomaba por él interés más verdadero... Hizo luego confesión general de toda su vida, con tanta verdad y esmero, que yo quedé maravillado. Parecía como si presagiase su muerte, y fuese todo su afán presentarse ante Dios con su alma purificada hasta de las manchas más leves. Pero no estaba triste, sino muy tranquilo, y tenía tal confianza en la misericordia divina, que se me atragantó dos veces el corazón al oírle, y lloré con disimulo para que no me viese; porque yo le había tomado ley al pobrecito y le miraba como á hijo en sólo seis horas que le conocía y le había tratado.»

Trazó entonces el Cura el plan para el día siguiente. Al amanecer diría Misa en la iglesia para dar la comunión á D. Paulino; tomarían luego chocolate en casa, y

acto continuo marcharían á caballo á Santa Quiteria y se embarcaría aquél en la lan-cha que había de llevarle á bordo del va-porcillo. Boy iría en el caballo que trajo de San Sebastián, y el Cura en el que dejó en la cuadra el cabecilla Balzaola.

Cuando poco antes de amanecer entró el Cura en el cuarto de Boy para llamarle encontróle ya vestido, esperando; estaba sentado ante una mesilla, con los codos apoyados en ella y hundida entre ambas manos la cabeza. El respeto degolló en los labios del cura la andaluzada que ya pug-naba por salir: «¡Hola, mosito!», y trócola en esta otra frase, dicha afectuosamente:

—Ya es hora, D. Paulino.

Levantóse Boy sin decir palabra, y salie-ron por la puertecilla de la cuadra. De-lante iba Juana-Mari con saya negra y mantilla, alumbrando con un farolito; de-trás caminaban en silencio Boy y el Cura, y José Ignacio, nieto de aquélla, que hacía en la iglesia oficios de monaguillo, y en la casa de mozo de cuadra, habíase adelan-tado para tocar la campana y encender las velas.

La iglesia, grande y aun magnífica, como son en Guipúzcoa la mayor parte, estaba

sumida en la obscuridad más profunda: alumbrábanla solamente la lámpara del Sa-grario y las dos velas encendidas en el altar en que se decía la Misa, ante un Cristo gran-de, muy devoto, que llamaban en el pue-blo *de la Agonía*.

Acercóse Boy á comulgar con varonil compostura: arrodillóse también junto á él una sombra negra que comulgó al mismo tiempo, y volvió en seguida á ocultarse en la obscuridad de donde había salido. Era Juana-Mari.

Cuando salieron de la iglesia era ya día claro: iban todos juntos, silenciosos y recogidos en sus pensamientos. Al llegar á la casa mandó el Cura á José Ignacio que ensillasen los caballos al momento.

El chocolate no estaba dispuesto, y hubo que esperar un poco. Clara-Antoni se ha-bía retrasado, y esta breve detención trajo consecuencias horribles...

Boy tomó su chocolate bebido, con un vaso de agua encima, y encendió un ciga-rro. El Cura no perdonaba el suyo: tomá-balo á pequeños sorbitos, con sustanciosos picatostes. Interrumpióle á la mitad José Ignacio, que entraba de repente muy de-mudado... Se veían muchos miguelitos á lo

lejos, y estaban ya á la puerta cuatro números y un cabo, que pretendían registrar la casa buscando á Balzaola.

El Cura se levantó impetuosamente con la servilleta en la mano, pero no aturdido, sino completamente sereno, como hombre acostumbrado á semejantes andanzas.

—¿Están listos los caballos?—preguntó á José Ignacio.

Contestó éste que en la cuadra estaban preparados, y el Cura dijo entonces á Boy:

—Pues coja uno, D. Paulino, y á escape á Santa Quiteria... Yo los detendré en la puerta.

Salió del comedor como un torbellino, con su servilleta en la mano. Clara-Antoni, aterrada, comenzó á gemir y salió también agarrada á la sotana de su tío. Espantada también Juana-Mari, cruzó la pieza como un rayo, entró en el balcón y escondióse en el retrete... Quedó Boy solo en el comedor sin haber perdido ni por un momento su presencia de espíritu: por la ventana, abierta, oíase en la calle gran algarrabía de voces en vascuence, entre las que sobresalía, airada, la del Cura.

Entonces bajó Boy á la cuadra por la escalerilla interior, montó á caballo, y

equivocando, para gran desdicha suya, las puertas, salió por la del huerto...

Dió una vuelta trotando gallardamente para buscar en la cerca algún portillo ó salida por donde huir; mas no había ninguno, y bien pronto se convenció de que se había metido en una ratonera sin escape.

Vió al mismo tiempo relucir á la puerta de la cuadra los fusiles de los migueletes, y enfilando entonces el caballo á la parte que le pareció más baja de la cerca, dirigióse á ella al galope con el desesperado intento de saltarla.

Ya se remontaba por los aires á impulsos del temerario salto, cuando sonó una descarga y caballo y caballero rodaron por tierra, envueltos en confuso y horrible revoltijo...

El caballo, tras vigorosos empujes que debieron magullar sin piedad al caído, consiguió levantarse y comenzó á galopar por el huerto, con la crin erizada, dando relinchos de dolor ó espanto.

Mas el jinete quedó allí, tendido en tierra, inerte, muerto por dos balas que le atravesaban una el corazón y otra la cabeza.

Acercáronse entonces dos migueletes que

habían hecho la descarga, el cabo y un jovencillo, y pusiéronse á despojar al cadáver, todavía caliente, cual dos aves de presa... Topáronse lo primero con el pasaporte de Boy, extendido á nombre de Paulino Vanloo, súbdito belga. Encontrólo el cabo en la cartera que llevaba el difunto en el bolsillo, y sumióle su lectura, al parecer, en la inquietud más viva... Comenzó á pasear de arriba abajo, quitándose la boina y mesándose la barba y el cabello.

Había matado á un súbdito extranjero sin provocación ni violencia por su parte, sin culpa alguna conocida, sólo porque le vió galopar por un huerto y querer saltar la tapia.

¡La compañía de que formaba parte el cabo, estaría en el pueblo antes de media hora, y le exigirían entonces sus jefes estrechas responsabilidades!...

Habíanse, mientras tanto, los otros tres migueletes llevándose presos á la casilla del Portazgo al Cura, á Clara-Antoni y á José Ignacio, no obstante las protestas del primero, y al verse el cabo dueño y señor absoluto de la casa abandonada, formó al punto su propósito...

Ocurrióle que, sepultando el cadáver allí

mismo, en el huerto, y haciéndole desaparecer, nadie le pediría cuentas por el pronto, y si más tarde alguien le reclamaba, difícil sería entonces identificarle... No podía, sin embargo, perderse un segundo, porque la compañía podía llegar de un momento á otro...

Trajo, pues, el cabo, dos azadones que en un rincón de la cuadra había; dióle uno al miguelete joven, que era su sobrino, y pusiéronse ambos á cavar briosamente una fosa, al pie de la cerca, en el mismo sitio en que cayó Boy...

Presto estuvo abierta ancha y bastante profunda, y despojando antes al cadáver del reloj y el dinero, arrojáronle en el fondo de la huesa... Mas resultó ésta corta, y rebasaban del borde cerca de dos palmos los pies, ya agarrotados, del cadáver.

Quiso entonces el joven prolongar la fosa, mas rechazólo violentamente el viejo con un gesto de demonio, y descargó tres ó cuatro golpes con el filo del azadón, en las piernas del difunto; crujieron horriblemente los huesos al hacerse astillas, y flexibles ya como un papel, doblóle las piernas encima y á toda prisa comenzó á echar tierra dentro, hasta rellenar la fosa.

El miguelete joven, amarillo como la cera, volvía el rostro horrorizado.

Concluída esta espantosa faena, salieron ambos migueletes de la casa, y fueron á reunirse con el grueso de la compañía, que en aquel momento llegaba al pueblo, y sin hacer alto seguía para Santa Quiteria, en persecución siempre de Balzaola.

Quedó el huerto solitario y en silencio y aun más triste y más medroso por el lúgubre secreto que encerraba... Vióse entonces abrirse cautelosamente en el balcón la puertecilla del retrete en que se escondió Juana-Mari, presenciando desde allí, por las rendijas, toda la horrenda escena.

Asomó la cabeza temblorosa, lívida de horror, con los ojos dilatados aún por el espanto, y tambaleándose, contraído el cuerpo y las manos extendidas por delante, como el que teme caer ó camina en la sombra, llegó á la cocina y cogió un puchero limpio y una cinta negra que arrancó de un delantal.

Fuése entonces arrastrando hasta la iglesia por la puertecilla de la cuadra, y en la pila del agua bendita llenó el puchero: volvió luego al huerto, y de pie sobre la sepultura de Boy, rígida y solemne como

la evocación de un destino aciago, alzó el brazo lentamente y vertió el agua bendita sobre la tierra recién removida. Cortó después dos ramas secas, atólas en forma de cruz con la cinta negra, y clavóla á la cabecera de la tumba.

Después, sin fuerzas para más, dejóse caer de rodillas sobre la fosa misma, alzó al cielo las enjutas manos cruzadas, y agitándolas en el aire, rompió á llorar silenciosamente, sin sollozos, sin ruido.

.....
Aun vive Juana-Mari en Zumarripa, disfrutando una pensión que yo le paso: véola todos los años cuando voy allí por el verano, y en su jerga vascongada, siempre me habla de Boy.—De aquel señor que dijo el Sr. Cura que era *franchute*, y resultó era un Sr. Conde muy grande..., tan llano, pues, ¡que dió sidra en su propio vaso á mí, pobre!... Y ¡qué bonito mozo que era, pues!...

